

La historia entre la memoria y el olvido.

Un recorrido teórico

History between memory and oblivion.

A theoretical overview

Lucila Svampa

Universidad de Buenos Aires-CONICET

lucilasvampa@gmail.com

ORCID: 0000-0003-0713-7950

Recibido: 10-9-19

Aceptado: 2-12-19

Cómo citar este artículo / Citation: SVAMPA, Lucila (2020). La historia entre la memoria y el olvido. Un recorrido teórico. *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 20, pp. 117-139
<https://doi.org/10.14198/PASADO2020.20.05>

Resumen

Los interrogantes sobre nuestros vínculos con el pasado ponen en juego teorizaciones que, con frecuencia, se basan en binomios, como el de historia/memoria o el de memoria/olvido. El primero caracteriza la historia como una disciplina que toma distancia de los hechos universalizándolos, contrastándolos con una memoria viva, cargada de las emociones y contradicciones que se desprenden de los protagonistas de los hechos que se estudian. El segundo ubica la memoria del lado del deber ético y como condición *sine qua non* para la conformación de identidades, mientras que el olvido queda relegado a una voluntad de ocultamiento, asociado al afán de impunidad.

En el presente trabajo se recuperan dichos pares a la luz de bibliografía clásica y actualizada, con el fin de desandar las formas conceptuales en las que se basan numerosos análisis del campo de la memoria y de la historia

Palabras clave: Memoria. Historia. Olvido. Rememoración. Pasado.

Abstract

The questions about our links with the past put into play theories that are often based on binomials, such as history/memory or memory/oblivion. The first one characterizes history as a discipline that takes distance from the facts by universalizing them, thus establishing a contrast with a living memory, loaded with emotions and contradictions that emerge from the protagonists of the facts being studied. The second places memory on the side of ethical duty and as a *sine qua non* condition for the shaping of identities, while oblivion is relegated to purposeful concealment, linked to the search for impunity. This paper recovers those pairs in the light of classic and updated bibliography, in order to retrace the conceptual forms on which many analyses of the field of memory and history are based.

Keywords: Memory. History. Oblivion. Remembrance. Past.

Introducción

Las grandes controversias existentes sobre los modos de representar el pasado gozan de una extraordinaria actualidad en nuestra contemporaneidad. Estas tienen la particularidad de habitar en simultáneo, por un lado, la agenda de las políticas públicas de los Estados, y por otro, las discusiones académicas que se ocupan del tema. En cuanto al primer ámbito, resulta imperativo observar cómo los asuntos relativos a las rememoraciones marcan el ritmo y programa de las instituciones nacionales. Dependiendo de las experiencias transitadas por las sociedades, las intervenciones abocadas a la creación y el sostenimiento de discursos sobre su historia muestran importantes variaciones. Michel Johann (2010), apoyándose en el historiador francés François Hartog, denomina este conjunto de disposiciones, que apuntan a la gestión pública del pasado, *régime mémoriel* (régimen memorial). Ellas involucran medidas en algunos casos ostensivas –como referéndums, enjuiciamientos a perpetradores, concesión de indultos, establecimientos de feriados nacionales y la construcción de imponentes monumentos y museos– o más sigilosas –como la creación de archivos, el registro de fuentes orales y el otorgamiento de compensaciones económicas a víctimas o familiares de víctimas.

El segundo ámbito pone de manifiesto la relevancia en el tratamiento en las investigaciones que brindan un lugar central a las reflexiones sobre las representaciones de nuestros recuerdos. La notoria multiplicidad de disciplinas implicadas evidencia una rica transdisciplinariedad en este terreno: no solo participan de él los estudios memoriales, sino también las investigaciones provenientes de la filosofía de la historia, la historiografía, la ciencia política, la sociología y la teoría estética, entre otras. Asimismo, son valiosos los análisis vinculados a la genética, que colaboran en ocasiones con los equipos de antropología forense, dedicados a rastrear restos óseos de desaparecidos. Esto demuestra por un lado,

una heterogeneidad en los puntos de partida –y bagajes teóricos– de las indagaciones, y por otro, la potencial complejidad y fertilidad del entrecruzamiento de estas perspectivas.

Si bien es cierto que las experiencias traumáticas del siglo XX están en el centro de atención por problematizar *pasados en conflicto*, esto es, pasados sobre los que afloran disputas interpretativas, paralelamente las discusiones pueden remitirse a los modos de rememorar personalidades o eventos que han acompañado hitos nacionales, protagonizados por próceres tradicionalmente vitoreados (Mudrovic, 2009). En este contexto, toda vez que estamos frente a la reconstrucción de eventos pasados, no es difícil registrar reclamos que demandan eliminar la eventualidad de un uso apologético suyo¹. Dichos discursos, a la vez que nos alertan sobre una posible funcionalidad a la que se reduciría el tiempo pretérito, suelen incurrir en, cuanto menos, dos dualismos, que en lo sucesivo buscaremos explorar. Mientras que uno se basa en un juego de aparición y ocultamiento entre historia y memoria, otro lo plantea en relación a la memoria y el olvido. Se trata, en el primer caso, de demarcar un espacio de incumbencia para la historia, capaz de operar con pretensiones de universalidad y neutralidad, del de la memoria, cuyos principales portavoces serían agentes atravesados por emociones subjetivas, que les despiertan los recuerdos de sus vivencias. En el segundo, podemos observar una exclusión entre la memoria, asociada a un deber ético al que deben entregarse las sociedades, y el olvido, vinculado a la impunidad de los criminales. En un marco en el que la bibliografía existente insiste en sostener una exclusión entre ambos binomios, la hipótesis que mueve este artículo sostiene que a pesar de las claras singularidades que caracterizan estos elementos, persiste una mutua imbricación entre historia y memoria, por un lado, y entre memoria y olvido, por otro. Ante este escenario, apuntaremos a identificar si dicha copertenencia desdibuja los límites entre ellos.

Con vistas a analizar las complejidades que ambos pares conceptuales entrañan, procederemos en cuatro pasos. En primer lugar, nos ocuparemos de caracterizar la memoria en sus dimensiones individuales y colectivas, luego abordaremos las diferenciaciones que se establecen entre ella y la historia, para en tercer lugar distinguir las principales elucidaciones en torno al olvido y por último, ofrecer palabras finales que logren recuperar los debates transitados. Esto se llevará adelante con una metodología de lectura atenta a sus condiciones de producción y a la conformación de refocalizaciones teóricas, pero sin el ánimo de proponer una exégesis ni un relevamiento de todas las obras citadas, cuya variedad y extensión son proporcionales a su riqueza (Nudler, 2009). El objetivo del escrito será pues doble, en tanto que apuntará a poner en cuestión la validez

¹ Ver Hartog; Revel (2001) y Traverso (2011).

de ambos dualismos por un lado, y por otro, al hacerlo a través de literatura continental especializada en el tema –proveniente especialmente de los estudios sobre la memoria y de las teorías de la historia–, ofrecerá un análisis de dicho panorama teórico.

La memoria colectiva, entre el deber y la imposición

Si bien las teorizaciones sobre la memoria estuvieron presentes desde la antigüedad hasta nuestros días, los campos semánticos en los que tuvo lugar desde entonces le propiciaron enormes cambios². En particular, en el siglo XX, es a partir de los años ochenta que se produjo una reformulación de las coordenadas con que se la venía analizando. En dicha década implosionó el denominado *memory boom* (Winter, 2006), que ajustó sus variables analíticas, en función de las experiencias totalitarias de la segunda mitad del siglo XX³. Todo este amplio espectro de investigaciones puede considerarse heredero de las bases analíticas esgrimidas por Maurice Halbwachs, publicadas entre 1925 y 1950, que avanzan sobre el componente colectivo de la memoria. Veamos de qué se trata esta propuesta.

En *La Mémoire Collective* y *Les cadres sociaux de la mémoire*, Halbwachs destaca una doble pertenencia de la memoria: los recuerdos individuales forman parte de las experiencias particulares de los sujetos, que integran grupos, sostenidos, por su parte, por memorias impersonales⁴. Aquellas se fundamentan a menudo en estas, en el sentido de que ante la eventualidad de lagunas en los recuerdos, los colectivos auxilian las memorias individuales, precisándolas. Además, estas últimas únicamente pueden tener lugar en un contexto social que provee no solo el lenguaje como una condición de posibilidad para forjar relatos, sino también ideas y valores, que influyen fuertemente sobre la selección de eventos que conservamos en nuestra memoria⁵. Esto significa que en ocasiones evocamos

² En su colosal *La mémoire, l'histoire, l'oubli*, Paul Ricoeur (2000) recrea en gran medida esos derroteros, recuperando de forma erudita su tematización en Aristóteles, Platón, pasando por Agustín, Locke y culminando con pensadores contemporáneos como Foucault, Arendt y Ginzburg, entre otros.

³ Sobre el concepto de totalitarismo y sus transformaciones teóricas a través de la historia, ver Traverso (2017).

⁴ Para un análisis de las diferencias entre marco social y memoria colectiva, ver Candau (2002).

⁵ El segundo capítulo de *Les cadres sociaux de la mémoire*, titulado “Le langage et la mémoire”, profundiza sobre la relación entre estos dos elementos y analiza fenómenos como la afasia –contemplando sus diferentes grados– y el sueño –y las imágenes que en él aparecen, reconocidos por el sujeto. Allí, el autor muestra que las convenciones verbales son para la memoria colectiva el cuadro más elemental y estable.

diversos testimonios (propios y de otros) para robustecer nuestro conocimiento sobre el pasado. En palabras de Halbwachs:

(...) el individuo participaría en dos tipos de memorias. Pero según participe en una u otra, adoptaría actitudes muy distintas e incluso contrarias. Por una parte, en el marco de su personalidad, o de su vida personal, es donde se producirían sus recuerdos: los que comparte con los demás sólo los vería bajo el aspecto que le interesase distinguiéndose de ellos. Por otra parte, en determinados momentos sería capaz de comportarse simplemente como miembro de un grupo que contribuye a evocar y mantener recuerdos impersonales, en la medida en que éstos interesen al grupo (Halbwachs, 2004a: 53).

La distinción entre estos dos tipos de memorias no implica que una se subsuma a la otra, dado que la memoria colectiva engloba las individuales pero mantiene un cierto grado de independencia de ellas. En este punto resulta interesante pensar en dos aspectos sobre los que Halbwachs no profundiza. En primer lugar, en una doble direccionalidad que puede generarse entre los dos ámbitos, es decir, si bien la memoria individual se nutre de la memoria colectiva, esta última también se abastece de insumos individuales –algo que adquirió difusión y cierto nivel de popularidad gracias a la relevancia del testimonio de víctimas en las últimas décadas⁶. En segundo lugar, muchas veces las memorias individuales pueden ser fuertemente heterogéneas –e incluso contradictorias entre sí– y entrar en conflicto con otras, que por distintas razones, la memoria colectiva decide no privilegiar⁷.

Los *cadres sociaux* (marcos sociales) indican una variedad de grupos de pertenencia, como la familia, la clase social y la religión⁸. En este marco, el círculo

⁶ La historiadora francesa Annette Wieviorka hace un análisis exhaustivo del rol del testimonio, que le permite establecer una periodización desde la postguerra hasta la actualidad, momento que denomina *l'ère du témoin* (la era del testigo). Sobre la relevancia del testimonio de las víctimas de experiencias totalitarias, ver además Levi (2011) y Ricoeur (2000). Quien plantea una crítica al auge del registro testimonial es Sarlo (2005). Para un tratamiento del testimonio en Argentina, ver Oberti (2009). Por su parte, Macón (2017) también ofrece un estudio al respecto, centrado en los crímenes sexuales durante la última dictadura militar. Así, ofrece una comparación entre los modos en que esto fue tratado en el Juicio a las Juntas en 1983, instancia en que fueron silenciados y luego de 2003, cuando se reanudaron causas, en las que la violencia sexual adquirió gran protagonismo. Con dicho objetivo, la autora recupera registros filmicos, testimonios y teóricos provenientes de la filosofía de la historia y del feminismo.

⁷ Este aspecto podría estudiarse a través de la diferenciación que ofrece Halbwachs entre memoria nacional, memoria colectiva y la historia nacional: “Se distingue de las historias locales, provinciales y urbanas en que sólo retiene los hechos que interesan al conjunto de los ciudadanos, o dicho de otro modo, a los ciudadanos como miembros de la nación” (Halbwach, 2004a: 78).

⁸ Esto varía de acuerdo a las poblaciones y centros urbanos. De hecho, Halbwachs (2004b) señala que en pequeños poblados los recuerdos tienden en menor medida a deformarse, puesto que allí hay una suerte de seguimiento más cercano de los eventos que en las grandes ciudades.

doméstico es presentado como un espacio en el que los sujetos pasan gran parte de su vida y a través del cual se transmiten las primeras nociones de las cosas, permitiendo esto diferenciar la memoria de la infancia de la de la adultez y señalando la importancia de los vínculos entre las generaciones⁹. La familia tiene una memoria y eventos propios, de la misma forma en que eso ocurre con otras comunidades y los sentimientos que allí predominan. A esto se le añade que los símbolos, hechos históricos o relatos míticos de las doctrinas de las tradiciones en que se basan las religiones, que acompañan el pensamiento de los creyentes, moldean por su parte la memoria. A su vez, la actividad laboral, la recompensa que de allí surge en tanto fuente de subsistencia y de riqueza son experiencias que evolucionan de acuerdo al contexto y que también proveen un encuadre para la memoria. Estos marcos no se basan exclusivamente en fechas y nombres, sino en pensamientos y experiencias, que en algunos casos se transmiten de generación en generación.

La pertenencia a un colectivo incluso nos permite mantener recuerdos más allá de la supervivencia de sus integrantes. Pero paradójicamente también puede producir olvidos, cuando algunos sujetos lo abandonan. En muchos casos, cuando hay una búsqueda deliberada y sistemática, los recuerdos aparecen allí donde existen organizaciones que persiguen exitosamente rastros que den cuenta de historias parcialmente olvidadas¹⁰. Mas esta no es la única forma de acceder a los recuerdos; puesto que pueden advenir por medio de la memoria involuntaria. Acaso sean Marcel Proust –a quien por cierto, Halbwachs también cita– y Walter Benjamin quienes le dieron una gran celebridad a este concepto, al describir cómo se producen resonancias que irrumpen de forma inesperada en la memoria de los sujetos, trasladándolos sin previo aviso a situaciones del pasado¹¹. Estos episodios pueden despertarse por la estimulación de sensaciones que, en principio, no anticipan una

⁹ Sobre este tema, ver también Kansteiner (2014).

¹⁰ En el proceso de Memoria, Verdad y Justicia, que se empezó a llevar adelante en Argentina a partir del año 2003, se puso en juego una enorme cantidad de fuentes para la reconstrucción de lo sucedido en la última dictadura militar, con el objeto de establecer responsabilidades por los crímenes de lesa humanidad cometidos por los perpetradores. Algunas de las evidencias que tuvo importancia en el caso de uno de los centros clandestinos de detención más grandes en la Ciudad de Buenos Aires, la Escuela de Mecánica de la Armada, fueron los cambios en los edificios, aplicados por los militares para desviar la atención de visitas internacionales. Estas tenían el propósito de inspeccionar el lugar, luego de que sobrevivientes dieran testimonio de lo sucedido y relataran las características del emplazamiento en el que habían estado secuestrados. Por otro lado, hay que mencionar que Halbwachs mismo le dedica un capítulo a la interferencia del espacio en la memoria. En un estudio reciente, Jelin (2017) también se aboca a tal cuestión.

¹¹ Ver los tomos de *À la recherche du temps perdu* de Proust y especialmente los volúmenes N y K del *Libro de los pasajes*, y *Sobre algunos temas en Baudelaire* y la *Tesis sobre la historia*, de Walter Benjamin. Al respecto, existen agudos comentarios, como el de Reyes Mate (2009).

continuidad con el evento a recordar. Es por eso que estos reenvíos suelen percibirse como interrupciones, que marcan discontinuidades en los recuerdos y, por ende, en los modos de construir los relatos identitarios de los sujetos.

Halbwachs destaca una fuerte conexión entre memoria e identidad. A pesar de cambios que puedan ocurrir en las sociedades, desde su materialidad hasta sus tendencias culturales, estas se reconocen por medio del recuerdo. Paralelamente, los individuos experimentan transformaciones en los modos de percibir aquello que los rodea, y aunque pueden detectarse mutaciones en sus memorias, se admite una unidad. A pesar de la centralidad que Halbwachs otorga a los marcos sociales para recordar, apoyándose en quien fuera su profesor, Henri Bergson, afirma que *on n'oublie rien* (no olvidamos nada). Sin embargo, es debido a ciertos impedimentos que en ocasiones nos es imposible acceder a imágenes que están archivadas en nuestra mente. Aquello con lo que contamos son, precisamente, “todas las indicaciones necesarias de la sociedad para reconstruir determinadas partes de nuestro pasado que nos representamos de forma completa o confusa, o que creemos incluso totalmente salidas de nuestra memoria” (Halbwachs, 2004a: 77).

Por su parte, Paul Ricœur también se pregunta sobre la pertinencia de la diferenciación entre memoria colectiva y memoria personal. Citando a grandes mentes de la filosofía como Locke, Agustín y Husserl, admite que la memoria está indefectiblemente unida a la identidad personal, puesto que asegura un encadenamiento entre las esferas temporales, pudiendo el sujeto remontarse tanto a los primeros recuerdos en su infancia, como a otros de menor lejanía temporal¹². Más allá de las distintas extensiones de los intervalos de tiempo y de las particularidades de un pasado lejano y otro cercano, la pluralidad de recuerdos conforma una cierta unidad en la memoria. Es, justamente, la fenomenología de la memoria –acompañada aparentemente de un idealismo subjetivo–, aquella que la atribuye por sobre todo a una conciencia individual. El argumento que el autor de *La mémoire, l'histoire, l'oubli* logra recuperar a partir de Hegel es que si bien hay un carácter innegablemente narrativo de la memoria, cuya existencia solo es imaginable en la vida social, hay una interioridad previa, que tiene lugar en un nivel prerreflexivo del relato. El verbo en alemán *sich erinnern* lo refleja de manera doble: por un lado porque al ser un verbo pronominal, se construye siempre con el *sich* (se) que indica una suerte de viraje hacia el sujeto al que se le atribuye la acción y por otro, porque si separamos el prefijo de la raíz (*er-innern*), obtenemos dos informaciones relevantes: que la partícula *er* remite siempre a procesos que tendrán como resultado efectuar algo, y la derivación de la otra parte del verbo de *das Innere*, que significa (interior).

Sobre esas particularidades, el autor introduce el pasaje a una memoria colectiva, sin afectar por ello la subjetividad:

¹² Esto lo desarrolla *in extenso* Ricœur en *Soi-même comme autre*, libro en el que explora los polos *ipse* e *idem* de la identidad personal.

Una vez aceptada esa hipótesis, que motiva que todo el peso de la constitución de las entidades colectivas recaiga en la intersubjetividad, es muy importante no olvidar nunca que sólo se trata de una analogía y que, respecto a la conciencia individual y a su memoria, la memoria colectiva sólo consiste en el conjunto de las huellas dejadas por los acontecimientos que han afectado al curso de la historia de los grupos implicados que tienen la capacidad de poner en escena esos recuerdos comunes con motivo de la fiestas, los ritos y las celebraciones públicas (Ricoeur, 1999: 18).

Aquello que Ricoeur ve, en suma, es la conformación simultánea de la memoria individual y colectiva. Más en *La mémoire, l'histoire, l'oubli*, el autor revisita estos dos planos complejizándolos a través de un triple dominio, a saber: el sí, los próximos y los otros. Estos puntos de atribución abren el juego a preocupaciones vinculadas con la mismidad y la alteridad, lo público y lo privado, dándole lugar a un análisis que contempla las variaciones provocadas por los grados de distancia y afinidad con los allegados.

Como no es difícil notar, pocos son los pensadores que abiertamente defienden el carácter individual de la memoria por sobre el colectivo. Dentro de esas voces, se destaca la del historiador alemán Reinhart Koselleck, quien en una entrevista dice:

En cuanto a la identidad y a la memoria colectiva, yo creo que depende fuertemente de predecisiones lingüísticas de hablantes impregnados de ideología. Y mi posición personal en este tema es muy estricta en contra de la memoria colectiva, puesto que estuve sometido a la memoria colectiva de la época nazi durante doce años de mi vida. Me desagradaba cualquier memoria colectiva porque sé que la memoria real es independiente de la llamada «memoria colectiva», y mi posición al respecto es que mi memoria depende de mis experiencias, y nada más. Y se diga lo que se diga, sé cuáles son mis experiencias personales y no renuncio a ninguna de ellas (Fernández; Fuentes, 2006: párr. 4).¹³

Según su punto de vista, toda memoria colectiva no debe entenderse sino como un intento de imposición de una imagen del pasado de un grupo sobre otro. Mantiene que, ontológicamente, resulta imposible sostener una memoria colectiva porque de hecho, no existe un sujeto colectivo a quien atribuírsela. Las experiencias primarias no son aptas para transmitirse a quienes no tienen recuerdos del acontecimiento en cuestión, por el simple hecho de no haber sido afectados directamente por él¹⁴.

¹³ Ver también los conceptos de *negatives Gedächtnis* (memoria negativa) y el de *Primärerfahrungen* (experiencia primaria) en Koselleck (2011).

¹⁴ No por ello el historiador alemán descarta la importancia de las investigaciones historiográficas que reconstruyan los eventos del pasado. El eje de su planteo se basa en la imposibilidad de demarcar un sujeto colectivo homogéneo al que le pueda ser atribuida una

El trauma, que aparece como eje central de la experiencia primaria intransmisible de la que habla Koselleck, es un elemento que nos permite articular estos dos planos. En los estudios sobre la memoria, hay toda una variedad de reflexiones que recuperan el psicoanálisis y se ocupan de la manifestación de síntomas, que forman parte del proceso en que el paciente elabora sus recuerdos. En lo referente al plano colectivo, como dijimos antes, esto se presenta, en principio, en el uso de la lengua en la que se formulan los relatos, que es, abiertamente social. Pero entre memoria colectiva y trauma hay un factor adicional que algunos analistas examinan, esto es, el deber ético de la memoria, que muchas veces es leído como la contraparte de los abusos de la memoria¹⁵. Fenómenos como el turismo de la memoria, que tienden a neutralizar el pasado y ofrecerlo como un producto procesado, derivan en lo que Vidal Naquet (1995) denominó la *Shoah Business* o Ricœur (1999) frenesí conmemorativo. Aquí se pone en juego la relación entre la legitimación de los recuerdos y procedimientos e intereses públicos, en donde el Estado construye una historia oficial, atento a las memorias colectivas. Ahora bien ¿cómo y con qué objeto deberíamos distinguir historia y memoria?

La historia, ¿guardiana de la memoria?

Numerosos son los teóricos que aducen la necesidad de distinguir la memoria de la historia. Dentro del universo francófono, Halbwachs, Pierre Nora, Hartog y Ricœur son algunos de los más reconocidos en este sentido; por cuestiones de espacio, nos dedicaremos aquí solo a los primeros dos¹⁶. Halbwachs sostiene que ambas no deben confundirse, pues la segunda comienza cuando la primera se termina. En sus palabras: “La historia es, sin duda, la recopilación de los hechos que han ocupado la mayor parte de la memoria de los hombres. (...) Mientras

memoria. Este tema también es problematizado por Rieff (2016), quien señala la peligrosidad de memorias colectivas fraudulentas. Puesto que la confianza ciega en la memoria colectiva como un antídoto a experiencias totalitarias y de exterminio ha demostrado su fracaso, el autor sostiene que conviene explorar los beneficios del olvido.

¹⁵ En *Les abus de la mémoire*, Todorov arguye la necesidad de una *mémoire exemplaire* (memoria ejemplar), que sirva como criterio para diferenciar entre buenas y malas formas de recuperar el pasado.

¹⁶ Hartog, en el marco de sus disquisiciones sobre el presentismo, caracteriza sendos ámbitos pero sostiene la necesidad de explorar los espacios intermedios. Los modos en que las sociedades se vinculan con su historicidad varía y en la actualidad lo que tenemos es una preeminencia del presente, que naturalmente, afecta las relaciones de la historia con la memoria; ver Hartog (2012) y el análisis que se hace del tema en Rabotnikof (2017). Por su parte, Ricœur (1999) examina esta diferenciación planteando singulares vocaciones para la memoria y para la historia. A diferencia de la primera, la segunda se inclina fundamentalmente a explicar las causas de los acontecimientos, esto es, no solo a describir con rigurosidad los hechos pasados, sino también a indagar las razones por las que tuvieron lugar.

un recuerdo sigue vivo, es inútil fijarlo por escrito, ni siquiera fijarlo pura y simplemente” (Halbwachs, 2004a: 80). Es decir, hay una secuencia cronológica que ordena que en el momento en que los protagonistas de ciertos eventos, que se esforzaban por mantenerlos en la memoria pública, mueren, la historia cumple el deber de fijar por escrito ese relato y así, salvaguardarlo. De modo que en la tarea de la transmisión intergeneracional de los recuerdos interviene la historia en dos sentidos. En primer lugar, en tanto narración e indagación científica y en segundo lugar, como un conjunto de rememoraciones que responden a la conformación de una historia oficial, sostenida por el Estado. El lenguaje de la historia es mediado, algo que le asigna una cierta artificialidad; mas de ningún modo contiene este último calificativo una connotación peyorativa.

Halbwachs sostiene que la escritura de la historia no puede ni debe pretender hablar en primera persona; en cambio, aquello a lo que debe orientarse es a una esquematización pedagógica, que permita trazar continuidades, rupturas y establecer comparaciones desde una mirada globalizante. Esto se explica porque la historia no tiene las limitaciones espaciales y temporales de la que sí adolece la memoria. Lo anterior no quiere decir otra cosa que ella se extingue con sus protagonistas y que por el contrario, la historia pervive por las formas características inherentes a su saber. Esta se compone de escrituras cuyos autores, naturalmente, también tienen una vida limitada. Al relevar hechos desde una exterioridad, aspiran a una cierta neutralidad y universalidad, por ingresar en un entramado historiográfico más amplio, que excede su existencia física. Los expertos en la materia, en base a la pericia y registro de archivos, alcanzan el estatus y rigor científico de un saber historiográfico¹⁷, que se incorpora a la cultura general de los sujetos o incluso a su sentido común, en tanto historia aprendida¹⁸.

Entonces, parece ser que memoria individual, memoria colectiva, e historia, como categorías que ordenan nuestras conceptualizaciones, se ven complejizadas por la intervención de otras nociones que remiten a los acontecimientos nacionales, a los cuales accedemos, por ejemplo, por medio de la lectura de medios de comunicación y nuestra percepción directa, “desde adentro”, de los eventos de los que formamos parte:

¹⁷ Este y otros aspectos son recuperados por teorizaciones recientes, entre ellas la de Lo-siggio (2018) y González Calleja (2013). La compilación de textos de Tumblety (2013) ofrece asimismo un recorrido teórico que se detiene en las articulaciones de la memoria individual y colectiva, haciendo énfasis en el tema de las fuentes. Incluye un análisis sobre el testimonio oral, monumentos, museos y el registro autobiográfico, contemplando distintos casos, como el de Japón y Francia, entre otros.

¹⁸ Aquí también podría pensarse en la noción de cultura histórica (*Geschichtskultur*) planteada por Rüsen (2008).

Podríamos decir aún con más precisión: memoria autobiográfica y memoria histórica. La primera se asentaría en la segunda, ya que al fin y al cabo la historia de nuestra vida forma parte de la historia en general. Pero la segunda sería, naturalmente, mucho más amplia que la primera. Por otra parte, sólo nos representaría el pasado de forma resumida y esquemática, mientras que la memoria de nuestra vida nos ofrecería una representación mucho más continua y densa (Halbwachs, 2004a: 55).¹⁹

Pero más adelante, el autor relativiza una oposición tajante entre una y otra. En sus palabras: “Nuestra memoria no se basa en la historia aprendida, sino en la historia vivida. Así pues, por historia hay que entender, no una sucesión cronológica de hechos y fechas, sino todo aquello que hace que un periodo se distinga de los demás, del cual los libros y los relatos nos ofrecen en general una representación muy esquemática e incompleta” (Halbwachs, 2004a: 60). La historia no deja de ser el resultado de una selección de acontecimientos, constituye una suerte de compendio, con sus respectivas divisiones de periodos y montado de acuerdo a variables epistemológicas e intereses públicos. De esta forma, pretende ofrecer información veraz y certera, calificada para persistir en el tiempo y mostrarse como aglutinadora de eventos en apariencia discontinuos. En este sentido, la historia ofrece un discurso homogéneo que explicita conexiones entre nuestro tiempo presente y el pasado.

En una dirección similar encontramos las reflexiones de Nora, quien incorpora esta distinción a su objeto de estudio primario, a saber, los *lieux de mémoire* (lugares de memoria). Este autor observa que nuestra contemporaneidad es testigo de una aceleración, que marca un creciente ritmo de distanciamiento entre historia y memoria²⁰. Esta última es propia de la actualidad de los grupos que mantienen vivos sus recuerdos; apoyándose en Halbwachs, Nora afirma que de hecho existen tantas memorias como grupos y debido a esto, su naturaleza es plural y múltiple. El proceso de apropiación de memorias no tiene un inicio y fin delimitado, sino que se plantea de forma dinámica y abierta a las fluctuaciones tanto al recuerdo como a la amnesia —de las que, por cierto, sus protagonistas no son siempre conscientes. La memoria siempre está atada en su tiempo a través

¹⁹ Halbwachs distingue en este contexto la situación en la infancia y la adultez. Con el ejemplo de un niño que observa algunos episodios derivados de la batalla de Waterloo, comenta cómo para que una imagen de este tipo se incorpore a la memoria histórica de un sujeto es necesario que prevalezca un sentimiento nacional, que le permita percibir desde una exterioridad a la de la propia vida, la relevancia de una fecha, que marca el rumbo político de la sociedad de la que forma parte. Interesante es notar que esos recuerdos mutan a medida que las percepciones de los sujetos cambian.

²⁰ El problema de la aceleración en la modernidad es visitado por autores como Kosselleck (2003), Hartog (2012) y Hölscher (2014).

de materialidades, como espacios, ruinas y objetos por un lado, y por otro, desde lo afectivo, en tanto se organiza en torno a emociones, gestos y sensaciones. Posiblemente sea por esto último, que Nora destaca su vulnerabilidad, puesto que la vuelve susceptible de manipulaciones: “Porque es afectiva y mágica, la memoria no se conforma sino de detalles que la refuerzan; se nutre de recuerdos borrosos, particulares o simbólicos, sensible a toda transferencia, traba, censura o proyección” (Nora, 1984: XXI)²¹.

En cambio, la historia se distingue por ser una reconstrucción relativa, siempre insuficiente y deficitaria de otro tiempo, con el que mantiene una clara distancia temporal y también crítica. Sus relatos se mantienen dentro de un plano secular y procuran un seguimiento documentado de las investigaciones, capaz de dar cuenta de nuevos alcances de teorías, siempre sujetos a críticas y revisiones. Plateadas de este modo las características de una y otra, huelga añadir que Nora va más allá de no postularlas como sinónimos: verifica una radical ruptura entre ambas, en tanto que la historia tiene una potencial vocación destructora sobre la espontaneidad de la memoria. La inhibición de esta última se traduce en un rechazo al pasado vivido, cuyas condiciones posibilitan las sociedades modernas, que tienden a la desacralización. En este contexto, paradójicamente la tarea de la historización tiende a la *néantisation* (eliminación) del pasado. De acuerdo con Nora, el desgarramiento de la historia y la memoria está acompañado de tres fenómenos: el hecho de que se creen y conserven lugares de memoria –vaciados de contenido por la historia– no hace más que poner en evidencia que hemos dejado de habitarla; la existencia una la historia de la historia; y por último, una notoria aceleración, desarrollada a la par de un proceso de globalización y masificación.

Es el primero de estos puntos en el que más se detiene Nora y el que más interés proyecta para nuestros objetivos. Si bien a primera vista se tiende a relacionar los *lieux de mémoire* con grandes enclaves monumentales²², hay que aclarar que el autor no los limita a su materialidad, sino que además, los identifica en un nivel abstracto. Estos van desde archivos, a museos, pasando por fechas

²¹ El texto no está publicado en castellano. La traducción es mía, el original dice: “Parce qu’elle est affective et magique, la mémoire ne s’accommode que des détails qui la confortent; elle se nourrit de souvenirs flous, télescopants, globaux ou flottants, particuliers ou symboliques, sensible à tous les transferts, écrans, censure ou projections”.

²² Sobre los monumentos y la iconología política de la memoria, hay mucho escrito. Kosellec (2011) aporta una periodización, que muestra las transformaciones desde el siglo XIX hasta el siglo XXI del culto a las muertes violentas, llegando al fenómeno de los contramonumentos. Comenta que, al igual que los conceptos, estos atraviesan un proceso de democratización, politización, ideologización y temporalización. Para estudios más recientes, ver Wagner y Matyók (2018) y Young (1992).

conmemorativas y llegando a causas judiciales. Todos estos proyectos alimentan rituales simbólicos de las sociedades sacralizadas. Mediante estos laboratorios de la memoria, se busca otorgar una suerte de garantía al reconocimiento de particularismos, que por alguna razón, tienen un valor ejemplar en las sociedades y por ende, buscan protegerse. En palabras de Nora:

Los lugares de memoria nacen y viven del sentimiento de que no hay memoria espontánea, que hay que crear archivos, que hay que mantener aniversarios, organizar celebraciones, pronunciar elogios fúnebres, notariar los actos, porque estas operaciones no son naturales. (...) Sin vigilancia conmemorativa, la historia los borraría rápido (Nora, 1984: XXIV).²³

Lo anterior viene a dar lugar a tres tipos de memoria. La primera de ellas es la *mémoire archive* (memoria archivo), que describe un arrebato por archivarlo todo de modo compulsivo, careciendo estas compilaciones de objetos y documentos de justificación *a priori*. La sociedad entera –aquí Nora aclara que no se refiere solo a los historiadores– parece caer presa de este pánico al olvido y produce constantemente registros de todo tipo, que involucran tanto eventos privados y minúsculos, como acontecimientos de importancia nacional y visibilidad espectacular. Hay, en este sentido, una revalorización de las historias que están al margen de las grandes instituciones y preservan, en cambio, identidades de grupos de escaso reconocimiento. La segunda es *mémoire-devoir* (memoria-deber), que interviene en el sentido de asumir que la memoria ya no tiene una existencia espontánea, sino que debe organizarse. Cada institución, cada grupo y cada sujeto serán los responsables, y por ende tendrán la obligación de preservar las documentaciones necesarias, que acrediten sus identidades y recorridos históricos. Mas este enorme acopio de archivos se produce sin criterios que definan qué utilidad tendrán en el futuro. Justamente ese desconocimiento del futuro es lo que Nora capta, por último, con la idea de una *mémoire-distance* (memoria-distancia). Esta ilustra la falta de certeza con la que tendremos que lidiar en el tiempo venidero respecto de cómo se juzgará nuestro pasado y qué episodios deberán conservarse en la memoria y cuáles carecerán de relevancia.

Aunque en algunos discursos aparezcan de forma indiferenciada, estamos, sin dudas, ante dos esferas particulares que reclaman para sí su propio ámbito de especialización. Incluso cuando un mismo hecho pueda ser reconstruido desde el punto de vista historiográfico en sintonía con los relatos de los protagonistas,

²³ La traducción es mía. El original dice: “Les lieux de mémoire naissent et vivent du sentiment qu’il n’y a pas de mémoire spontanée, qu’il faut créer des archives, qu’il faut maintenir des anniversaires, organiser des célébrations, prononcer des éloges funèbres, notariar les actes, parce que ces opérations ne sont pas naturelles. (...) Sans vigilance commémorative, l’histoire les balaierait vite”.

historia y memoria nunca se corresponden por completo, puesto que siempre hay un exceso de una sobre la otra, imposible de ser absorbido por ambas. Ahora bien, la distinción entre historia y memoria no es meramente descriptiva, por el contrario, acarrea una jerarquización epistemológica. En base a ella, la memoria es definida como una auxiliar de la historia, que en ocasiones recurre a ella, mas no sin desconfiar de su veracidad. En la reconstrucción de sucesos del pasado, la memoria puede proveer versiones contradictorias o incompletas, incluso viniendo del mismo protagonista. Primo Levi asume el carácter sinuoso de la memoria cuando, por caso, comenta la “escasa fiabilidad de los recuerdos”²⁴. Según ciertos historiadores, la memoria carece del estatus científico que requiere la historiografía, basada siempre en la comprobación de fuentes. Por esta razón, el registro memorial que se desprende, por ejemplo, del testimonio ha sido largamente vilipendiado. La historia aparece como la única que puede garantizar una estabilidad en la representación del pasado, esquivando el carácter falaz y subjetivo de la memoria. Solo a partir de la segunda mitad del siglo XX esta subordinación perderá vigencia, aunque no por ello dejaron de demarcarse diferenciados ámbitos de incumbencia entre una y otra.

Afinidades entre Mnemosina y Lete

Bien es sabido, como dijimos en el apartado anterior, que predomina un temor a la sobresaturación de la escena memorial en nuestras sociedades actuales. La presencia de contenidos vinculados a la elaboración de pasados traumáticos en investigaciones o numerosos museos, no vendría a garantizar un tratamiento histórico justo, en tanto no toda forma de recordar tiene los mismos efectos. Así, por un lado, algunos especialistas señalan que los genocidios del siglo XX se usan como coartada para evadir las responsabilidades y las atrocidades del presente²⁵. Por otro, al incurrir en un exceso de información, los circuitos del turismo de

²⁴ “Los recuerdos que en nosotros yacen no están grabados sobre piedra; no sólo tienden a borrarse con los años sino que, con frecuencia, se modifican o incluso aumentan literalmente, incorporando gacetas extrañas. Lo saben muy bien los magistrados: casi nunca ocurre que dos testigos presenciales de un hecho lo describan del mismo modo y con las mismas palabras, aunque el suceso sea reciente y ninguno de los dos tenga interés en deformarlo” (Levi, 2011: 485).

²⁵ El historiador italiano Enzo Traverso comenta: “El temor al olvido ya no existe. Si hay temor, este reside sobre todo, como muchos comentaristas lo han señalado, en los efectos negativos de un ‘exceso de memoria’. En resumen, el riesgo no consiste en olvidar la Shoah, sino en hacer un mal uso de su memoria, en embalsamarla, en encerrarla en los museos y en neutralizar el potencial crítico, o peor aún, en hacer un *uso apologético* del actual orden del mundo. (...) El Holocausto funda así una especie de teodicea secular que consiste en recordar el mal absoluto para convencernos de que nuestro sistema encarna el bien absoluto” (Traverso, 2011: 77-78).

la memoria pueden llegar a banalizar el pasado e ignorar las lecciones que de él deberíamos extraer. Ahora bien ¿puede el exceso de memoria homologarse con el temor al olvido? De acuerdo al historiador alemán Andreas Huyssen, mientras que la memoria se ve en general asociada al deber, el olvido tiene mala reputación (Huyssen, 2004)²⁶. Los regímenes memoriales –a los que nos referimos en la introducción– volcados al olvido son generalmente propios de las sociedades cerradas, que no ponen en el centro del juego democrático la representación de su pasado; muy por el contrario, buscan determinar unilateralmente su imagen. Claro que dentro de este espectro son múltiples las variaciones: allí encontramos desde dictaduras que falsifican y manipulan la historia, hasta gobiernos electos tendientes a negar el conflicto y promover el negacionismo. En esta misma dirección, se conecta usualmente el olvido con el perdón a crímenes de lesa humanidad, con pactos de silencio de los perpetradores, con ausencias de condenas, en fin, con la impunidad. A propósito: no es difícil notar la cercanía etimológica entre la palabra amnistía y amnesia (Ricoeur, 2000). Mas ¿es esta la única vía analítica disponible? Pues no.

Harald Weinrich (1999), en el capítulo de *Leteo* titulado “El lenguaje del olvido”, señala un interesante empleo del verbo olvidar en varios idiomas, que deriva del latín *oblivisci*. En las lenguas románticas, en general se emplea una palabra de uso común con la misma raíz, pero en algunos casos, como en el italiano (*dimenticare*) o portugués (*esquecer*), hay variaciones. En el primero, la locución se asocia a una pérdida de la memoria, palabra asociada con la voz mente. En cambio, en inglés (*to forget*) y alemán (*vergessen*) esto cambia, puesto que en ambos está presente la negación de una partícula que remite a obtener algo. De cualquier modo, cuando alguien nos dice “¡olvídalo!”, sencillamente se nos comunica que podemos desligarnos de un problema o de una tarea que teníamos pendiente. En griego antiguo, *aletheia* denomina la verdad como lo no oculto, puesto que el prefijo *a* niega y *leth* designa lo que está escondido. Pero al corresponder ese anexo también al nombre del río del olvido, *Lethe*, *aletheia* puede connotar aquello que no se olvida²⁷. Según la mitología griega, este río se

²⁶ Ver asimismo Michael Pollak (1989). Por su parte, Huyssen (2004) reconstruye la dinámica entre memoria y olvido en dos casos: los bombardeos en Dresde, de la Segunda Guerra Mundial y el accionar político de los desaparecidos durante la última dictadura militar en Argentina. Para el primer ejemplo, muestra que las significativas cifras de víctimas de los bombardeos (contemplando no solo los civiles asesinados, sino también quienes perdieron sus hogares en ciudades destruidas) quedaron en el olvido, en detrimento del protagonismo que obtuvo la memoria del Holocausto. En cuanto al segundo, identifica algo similar: el accionar de la lucha armada quedó relegado en favor del recuerdo del terrorismo de Estado.

²⁷ En los procesos de justicia transicional, es muy usual ver asociada la verdad al no olvido. En Argentina, el lema “Verdad, Memoria y Justicia” se acompaña del de “ni olvido ni perdón”, en referencia a los crímenes de lesa humanidad de la última dictadura militar.

ubicaba en el Hades, el mundo de ultratumba; las almas que bebían agua de él, borraban sus recuerdos y podían así comenzar una nueva vida en otro cuerpo²⁸.

El olvido como posibilitador de la vida tiene muchas otras expresiones, pero tal vez haya encontrado su máxima celebridad en la publicación de *Von Nutzen und Nachteil der Historie für das Leben*, de Nietzsche. Allí, este pensador intempestivo plantea tres formas de abordar la historia: la monumental, la anticuaria y la crítica. Más allá de las particularidades de cada una, lo interesante es marcar que pecan de un exceso de historia, que el escritor se permite denunciar en el contexto de su disputa con el hegelianismo de su época. Se necesita pensar más “ahistóricamente” para permitir dar paso a lo nuevo. La acción solo puede tener lugar si logramos desligarnos de los efectos y de las causas de la hipertrofia propiciada por el sentido histórico del historicismo. La tarea propuesta no es, en principio fácil de asir. Sentir de manera no histórica se traduce en una *plastische Kraft* (fuerza plástica), que regula los grados en que deberíamos mantener en el recuerdo el pasado. Adoptar este punto de vista nos permite construir una relación sana con nuestra propia historia, capaz de dejar de lado los funestos hábitos por conservar y petrificar el tiempo pretérito. Si permitimos que este gobierne nuestro presente, si idolatramos ciegamente lo que ya fue, difícilmente podamos convertirnos en arquitectos del futuro. Son sepultureros del presente quienes no logran separarse de los engaños, con los que confunde y paraliza el erróneamente esperado progreso. Debemos ser capaces de juzgar el pasado con el criterio de la vida. Solo cuando logremos suspender ese peligroso modo de vincularnos con la historia, podremos dar lugar a nuestras acciones.

Cobra una importancia muy particular aquí el olvido, facultad que los hombres envidian a los animales:

Contempla el rebaño que pasta delante de ti: ignora lo que es el ayer y el hoy, brinca de aquí para allá, come, descansa, digiere, vuelve a brincar, y así desde la mañana a la noche, de un día a otro, en una palabra: atado a la inmediatez de su placer y disgusto, en realidad atado a la estaca del momento presente y, por esta razón, sin atisbo alguno de melancolía o hastío. Ver esto se le hace al hombre

Hay muchos estudios sobre el tema que abordan diferentes casos. Véase por ejemplo Franco (2017), Derrida (1999), Lefranc (2005) y Jaspers (1998).

²⁸ En el último libro de *República*, Platón hace una mención al río: “Y es así, Glaucón, cómo no se perdió este mito y se salvó del olvido, y si le damos crédito puede salvarnos a nosotros mismos, porque pasaremos felizmente el río del Leteo y no mancillaremos nuestra alma” (Platón, 2003: 624). Hay otro río, que parece tener un poder similar: “Al llegar la noche, acamparon junto al río Ameleto, cuyas aguas no pueden ser retenidas por vasija alguna. Es preciso que todas las almas beban de esta agua cierta cantidad, pero aquellas que por imprudencia beben más allá de la medida, pierden absolutamente la memoria” (Platón, 2003: 624). Lete también es el nombre de una náyade, una ninfa acuática, hija de Eris, a la que muchas veces se le denomina como contracara de Mnemosina.

duro, porque él precisamente se vanagloria de su humanidad frente a la bestia y, sin embargo, fija celosamente su mirada en su felicidad (Nietzsche, 2003: 40).

De la asociación del olvido a la animalidad no se deriva una descripción peyorativa del primero. No tiene que ver con la brutalidad de una bestia ni con la falta de ingenio. Por el contrario, aquí se asocia a una no supeditación al pasado, que pesa sobre la vida del hombre socializado, amenazando su potencial. Para que tenga lugar la acción, debe haber olvido. La imagen de alguien que no puede conciliar el sueño es la de quien no puede olvidar y descansar. Solo lo que duele y no podemos dominar, persiste en nuestra memoria, dice Nietzsche. No se trata de un elogio al olvido incondicional, sino más bien de una protesta en contra de un positivismo que promueve la sobresaturación histórica: “La jovialidad, la buena conciencia, la alegría en el actuar, la confianza en el futuro, todo ello depende (...) de que se sepa justa y oportunamente tanto qué olvidar como qué recordar, del poderoso instinto para distinguir en qué momento es necesario sentir de modo histórico o no histórico” (Nietzsche, 2003: 45). Como en el relato borgeano *Funes, el memorioso*, la vida de un hombre desprovisto de la capacidad de olvidar, sufriría una confusión constante, que no le permitiría lograr ninguna empresa que se proponga.

Los de Primo Levi (2011) y Jorge Semprún (1994) figuran entre los testimonios de sobrevivientes del Holocausto para quienes el olvido funcionó, en ocasiones, como liberador. Bien porque mientras estaban en los campos necesitaban economizar sus recuerdos o bien porque la vida después del campo requería la serenidad de no evocar memorias traumáticas. El alegato nietzscheano en favor del olvido podría aplicarse en esos casos, sobre todo porque no se trata de un olvido completo del pasado, sino solo en la medida en que favorece la vida. De hecho, estos mismos autores señalan cómo aferrarse a rescatar de un posible olvido a quienes tocaron fondo en los campos, operaba como un estímulo para sobrevivir. Bien sabían que las perversas intenciones de los nazis consistían no solo eliminar sus vidas, sino incluso sus existencias: suprimiendo sus cuerpos, sus documentos y todo tipo de rastros a través de los que se pudiese reconstruir su historia²⁹. El olvido como estrategia de un gobierno, que impacta en la escritura de la historia y en el imaginario colectivo de una sociedad puede ser, en efecto, un paso previo al negacionismo o a la falsificación de la historia, prácticas propias del fascismo.³⁰

²⁹ Levi comenta cómo los guardias se regocijaban con esa idea: “Aunque alguna prueba llegase a subsistir, y aunque alguno de vosotros llegara a sobrevivir, la gente dirá que los hechos que contáis son demasiado monstruosos para ser creídos: dirá que son exageraciones de la propaganda aliada, y nos creerá a nosotros, que lo negaremos todo, no a vosotros. La historia del Lager, seremos nosotros quien la escriba” (Levi, 2011: 575).

³⁰ En un discurso en 1943, Heinrich Himmler, uno de los más grandes artífices del exterminio judío, decía: “Todo depende de lo que transmitan nuestro testamento a las generaciones

Así también lo estima Marianne Hirsch, quien, mediante el concepto de *posmemoria*, analiza los recuerdos traumáticos provenientes de nuestros padres, abuelos o incluso bisabuelos en subsiguientes generaciones. Estas representaciones de distintos tipos tienen la capacidad de operar en ámbitos privados y de incidir al mismo tiempo en lo público (Hirsch, 2015)³¹. El olvido como estrategia gubernamental amenaza dejando en la oscuridad a quienes no cuentan con la simpatía del poder hegemónico. Ante este escenario, en algunos casos, esos sujetos, aunque desde los márgenes, pugnan por su aparición en la escena memorial, con la esperanza de revertir su situación. En otros, los afectados no logran organizarse para hacer oír sus reclamos y sus demandas quedan invisibilizadas por un tiempo indeterminado. Los modos en que el olvido puede instrumentarse son variados: por la omisión de relatos oficiales que reconstruyan determinados hechos (por ejemplo en las currículas escolares o en los actos de gobierno), por subestimar la participación de determinados agentes en un evento, o por la superposición de discursos que interpongan claridad respecto de sucesos pasados. Estas tácticas subterfugas son muchas veces más efectivas que políticas con alto nivel de visibilidad, como los indultos.³²

El poder de quienes construyen la memoria oficial, gobernado por las fuerzas de Mnemosina y Lete, oscila entre la responsabilidad de crear una identidad reflejada por los recuerdos que elige privilegiar y dejar caer en el olvido a pueblos, eventos o personajes. Las voces de los sujetos subalternos son las que más vulnerabilidad presentan para ingresar en la escritura de la historia y las que reclaman una –usando un concepto benjaminiano– redención. Dicha tarea no nos arroja a la ingenuidad de plantear como deber ético un salvataje indiscriminado de todas las historias, puesto que, teniendo en cuenta lo dicho hasta aquí, resultaría problemático pensar en una memoria neutral, en el sentido de que no toma partido, y absoluta, en el sentido de que es ilimitada.

venideras, de los que escriban la historia de esta época. La historia es escrita, en general, por los vencedores. Todo lo que sabemos de los pueblos asesinados es aquello que los asesinos quisieron decir sobre ellos (...) Pueden decidir borrarlos completamente de la memoria del mundo, como si jamás hayamos existido, como si no hubiera habido jamás judaísmo polaco, un gueto en Varsovia, Majdanek” (Himmler en Wieviorka, 2013: 18). El texto no está publicado en castellano. La traducción es mía, el original dice: “Tout dépend de ceux qui transmettront notre testament aux générations à venir, de ceux qui écriront l’histoire de cette époque. L’histoire est écrite, en général, par les vainqueurs. Tout ce que nous savons des peuples assassinés est ce que leurs assassins ont bien voulu en dire. (...) Ils peuvent aussi décider de nous gommer complètement de la mémoire du monde, comme si nous n’avions jamais existé, comme s’il n’y avait jamais eu de judaïsme polonais, de ghetto à Varsovie, de Majdanek”.

³¹ El concepto de *posmemoria* incidió enormemente en los estudios y polémicas actuales sobre la rememoración en nuestras sociedades.

³² Ver Eco (1988) y Yerushalmi (2006).

Reflexiones finales

A través del recorrido trazado, circulamos por diversas tradiciones que se preguntan por los modos en que las sociedades construyen su relación con el pasado. En las primeras líneas explicitamos la intención de explorar un par de binomios –que funcionan muchas veces como puntos de partida de algunos análisis– con el objeto de presentar un cuadro de situación teórico. Nuestro primer eje de reflexión fue el de la memoria, en función de la cual recurrimos a las diferenciaciones entre el plano individual y colectivo. El pensamiento de Halbwachs y el de Ricœur fueron, en este sentido, centrales para llevar adelante este propósito. Gracias a sus observaciones logramos dar con la importancia de dos niveles de la memoria, que se nutren y complementan. En segundo lugar, recuperamos las diferenciaciones que algunos escritores indican en relación a la memoria y la historia. A las investigaciones de Halbwachs, les sumamos las de Nora. Ambas perspectivas, aunque con algunas diferencias, delimitan un terreno de incumbencia singular para una y para la otra. Por último, nos ocupamos de los estudios sobre el olvido. Allí fue de gran utilidad el trabajo de Weinrich, para introducir las disquisiciones nietzscheanas sobre el olvido como liberador y luego detenernos rápidamente en los peligros que implica el olvido a nivel colectivo.

Estamos en condiciones, pues, de volver sobre las dos exclusiones planteadas, a saber, que el estatus de la memoria no debe (con)fundirse con el de la historia por un lado, y por otro, que donde hay memoria no hay olvido y viceversa. En cuanto a la oposición entre memoria e historia, es interesante observar que caracterizar las particularidades en cada una, en términos analíticos, nos puede resultar provechoso, contemplando que ambos elementos no siempre se corresponden. Dicho más sencillamente: no todas las memorias son salvaguardadas por la historia, lo que es lo mismo que decir que no todas las memorias configuran un insumo para la historia. Esta posibilidad tiene lugar cuando las fuentes de la historiografía o el Estado, en tanto portavoz de la historia oficial, silencian grupos, ignorando su intervención en los procesos históricos. Señalar que la historia aparece cronológicamente con posterioridad a la memoria para rescatarla, exige también aclarar que las memorias acalladas evidencian un funcionamiento imperfecto en esa ecuación.

Una historia que no se fundamenta en memorias puede ser asimismo una expresión de la falsificación, que inventa hechos pasados en función de sus intereses contemporáneos, atendiendo al hecho de que una historicidad construida no se traduce en que caiga en una adulteración y deformación del pasado. Asimismo, puede imaginarse la construcción de una historia que decida rememorar vidas que no alcanzaron a producir una memoria propia –piénsese en la creación de algunos museos que reconstruyen la vida de pueblos extintos, a la que acce-

demos por medio de arduas pesquisas antropológicas. También resulta sugestivo tener en cuenta para ambas situaciones que la memoria individual y colectiva tienen lugar en un contexto, que lejos de presentarse como una *tabula rasa*, posee una historicidad propia, capaz de condicionar las interacciones entre los planos colectivos e individuales. Prevalece, además, una imposibilidad fáctica de que la historia recoja la memoria en toda su extensión, en primer lugar porque hay tantas memorias como agentes históricos y en segundo lugar porque la representación a la que pueda aspirar la historia siempre es fallida, en el sentido de que nunca puede lograr una perfecta sutura social y memorial. Debido a ello, se vuelve esencial dar lugar al desarrollo tanto de una como de la otra, sin pretender una sincronía absoluta entre ambas. De lo que podemos estar seguros es que hacer historia sin referirse a la memoria y viceversa, restringiría enormemente sus respectivos campos. Lo anterior indica que más allá de que ambas gocen de una singularidad propia en sus enfoques y que nunca coincidan *in toto*, no son autosuficientes. De allí se sigue que ninguna investigación histórica debería ser indiferente a los modos de comprensión memorial del pasado, esto es, a la interpretación de lo sucedido ofrecida por sus protagonistas y a las condiciones sociales de su resignificación.

En cuanto a la segunda pareja de conceptos, nos interesa destacar tres puntos. En primer término, se vuelve meritorio revisar los potenciales efectos y prácticas de un olvido total, que es por definición improbable, puesto que, si fuese absoluto, no habría forma de identificarlo. De considerarlo posible, deberíamos o bien contar con una suerte de guardián del olvido que garantice la desaparición de determinado recuerdo a nivel social (y esto significaría que no sería ya absoluto porque alguien lo recordaría). A nivel personal, en el momento en que se reconoce un olvido, este agota su vigencia, es decir que se reconoce cuando ya ha perdido su fuerza, cuando implica un retorno, sea causado este por la irrupción de una memoria involuntaria o por el hallazgo de alguna huella del episodio en cuestión. En cualquier caso, urge descartar modos categóricos de referirnos a él tanto en el ámbito personal como colectivo. Una vez asumido esto, nos vemos obligados a redireccionar nuestras definiciones, señalando más bien grados y modos en que el olvido pueda tener lugar.

Por último, cabe mencionar que sostener la conveniencia de la memoria por sobre la del olvido implica obviar a todas luces una serie de variables importantes. Así como para el caso de la memoria se identificaron las esferas personal y social, lo mismo debe pensarse para el olvido, cuyos efectos se modifican en uno y otro ámbito. Si este resulta sanador para algunos de los protagonistas de eventos traumáticos, sería entonces problemático desterrarlo del ámbito de la moral o concebirlo como menos favorable que la memoria. Además, en tanto no estamos lidiando con categorías que se apliquen en escenarios ahistóricos, resultaría difícil establecer de antemano la ventaja de la memoria sobre el olvido.

En tercer lugar, un evento puede mantenerse en la memoria de una nación, pero ser banalizado o representado de manera negativa, algo que nos alerta sobre la necesidad de incorporar en nuestros esquemas consideraciones sobre cómo y en qué condiciones las imágenes del pasado se reconstruyen. Es decir –tomando prestadas las categorías de las teorías del discurso– deberíamos revisar la fuerza locucionaria (lo que se dice), ilocucionaria (lo que se hace al decir) y perlocucionaria (lo que se hace al hablar) de la memoria. Si queremos volver inteligibles las formas en que nos aproximamos al pasado, para lograr una lectura crítica sobre sus posibles usos, debemos llevar nuestra mirada no tanto a exclusiones categoriales, como las que plantean los falsos reversos ya analizados, sino más bien a los entrecruzamientos y formas híbridas que ofrecen sus interacciones.

Bibliografía

- BENJAMIN, Walter (2008). *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*. México: Ítaca.
- BEVERLEY, John (2012). Subalternidad y testimonio. *Nueva Sociedad*, 238, 102-113.
- CANDAU, Joël (2002). *Antropología de la memoria*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- DERRIDA, Jacques (1999). *El siglo y el perdón*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor.
- ECO, Umberto (1988). An Ars oblivionalis? Forget It! *PMLA*, volumen 103, nº 3, 254-261.
- FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier; FUENTES, Juan Francisco (2006). Historia conceptual, memoria e identidad (I). Entrevista a Reinhart Koselleck. *Revista de Libros*, 111.
- FRANCO, Marina (2017). La “transición” argentina como objeto historiográfico y como problema histórico. *Ayer*, 107, 125-152.
- GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo (2013). *Memoria e historia. Vademécum de conceptos y debates fundamentales*. Madrid: Catarata.
- HALBWACHS, Maurice (2004a). *La memoria colectiva*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza.
- HALBWACHS, Maurice (2004b). *Los marcos sociales de memoria*. Caracas: Anthropos Editorial.
- HARTOG, François; REVEL, Jacques (2001). *Les usages politiques du passé*. París: L'École des Hautes Études en Sciences Sociales.
- HARTOG, François (2012). *Régimes d'historicité. Présentisme et expériences du temps*. Seuil: París.
- HIRSCH, Marianne (2015). *La generación de la posmemoria. Escritura y cultura visual después del Holocausto*. Carpe Noctem: Madrid.
- HÖLSCHER, Lucien (2014). *El descubrimiento del futuro*. Siglo XXI: Madrid.
- HUYSSSEN, Andreas (2004). Resistencia a la memoria: los usos y abusos del olvido público. Ponencia presentada en el XXVII Congreso Brasileiro de Ciências da Comunicação, Porto Alegre, Sociedade Brasileira de Estudos Interdisciplinares da Comunicação.
- JASPERS, Karl (1998). *El problema de la culpa. Sobre la responsabilidad política alemana*. Barcelona: Paidós.
- JELIN, Elizabeth (2017). *La lucha por el pasado. Cómo construimos la memoria social*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

- JOHANN, Michel (2010). *Gouverner les mémoires*. París: Presses Universitaires de France.
- KANSTEINER, Wulf (2014). Generation and Memory: A Critique of the Ethical and Ideological Implications of Generational Narration. En Stefan Berger, Bill Niven (Eds). *Writing the History of Memory*. Londres: Bloomsbury Academic.
- KOSSELLECK, Reinhart (2011). *Modernidad, culto a la muerte y memoria nacional*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- KOSSELLECK, Reinhart (2003). *Aceleración, prognosis y secularización*. Valencia: Pre-textos.
- LEFRANC, Sandrine (2005). *Políticas del perdón*. Bogotá: Norma.
- LEVI, Primo (2011). *Trilogía de Auschwitz*. Barcelona: El Aleph Editores.
- LOSIGGIO, Daniela (2018). Sobre las antinomias historia vs. memoria y estetización vs. politización. En Lucila SVAMPA (comp.). *¿Qué hay de política en la filosofía? Ocho ensayos*, 135-149. Buenos Aires: IIGG-CLACSO.
- MACÓN, Cecilia (2017). *Sexual Violence in the Argentinean Crimes Against Humanity Trials. Rethinking Victimhood*. Londres: Editorial Lexington Books.
- MUDROVICIC, María Inés (ed.) (2009). *Pasados en conflicto*. Buenos Aires: Prometeo.
- NIETZSCHE, Friedrich (2003). *Sobre la utilidad y perjuicio de la historia para la vida*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- NORA, Pierre (1984). *Les lieux de mémoire. I*. París: Gallimard.
- NUDLER, Oscar (comp.) (2009). *Espacios controversiales. Hacia un modelo de cambio filosófico y científico*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- OBERTI, Alejandra (2009). Lo que queda de la violencia política. A propósito de archivos y testimonios. *Temáticas*, 33/34.
- PLATÓN (2003). *República*. Buenos Aires: Eudeba.
- POLLAK, Michael (1989). Memoria, olvido, silencio. *Revista Estudios Históricos*, 2, nº 3.
- RABOTNIKOF, Nora (2017). Tiempo, historia y política. *Desacatos: Revista de Ciencias Sociales*, 55, 28-43.
- REYES MATE, Manuel. (2009). *Medianoche en la historia. Comentarios a las tesis de Walter Benjamin "Sobre el concepto de historia"*. Madrid: Trotta.
- RICŒUR, Paul (1999). *La lectura del tiempo pasado: memoria y olvido*. Madrid: Arrecife.
- RICŒUR, Paul (2000). *La mémoire, l'histoire, l'oubli*. París: Seuil.
- RIEFF, David (2016). *In praise of forgetting. Historical memory and its ironies*. Yale: Yale University Press.
- RÜSEN, Jörn (2008). Erinnerungsarbeit in der Geschichtskultur. En: Rösen, Jörn (Hrsg.). *Historische Orientierung*, S.232-284. Schwalbach:Wochenschau Verlag.
- SARLO, Beatriz (2005). *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- SEMPRÚN, Jorge (1994). *L'écriture ou la vie*. París: Gallimard.
- TODOROV, Tzvetan (2000). *Los abusos de la memoria*. Barcelona: Paidós.
- TRAVERSO, Enzo (2011). *El pasado, instrucciones de uso*. Buenos Aires: Prometeo.
- TRAVERSO, Enzo (2017). Totalitarianism between History and Theory. *History and Theory* 56, no. 4, Theme Issue 55, 97-118.
- TUMBLETY, Joan (Ed.) (2013). *Memory and history understanding memory as source and subject*. Nueva York: Routledge.
- VIDAL NAQUET, Pierre (1995). *Les juifs, la mémoire et le présent*. París: La Découverte.

- WEINRICH, Harald (1999). *Leteo*. Madrid: Siruela.
- WIEVIORKA, Annette (2013). *L'ère du témoin*. París: Pluriel.
- YERUSHALMI, Yosef (comp.) (2006). *Los usos del olvido*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- YOUNG, James (1992). The Counter-Monument: Memory against Itself in Germany Today. *Critical Inquiry*, 18(2), 267-296.
- WAGNER, Sarah y MATYÓK, Thomas (2018). Monumental Change: The Shifting Politics of Obligation at the Tomb of the Unknowns. *History and Memory*, 30(1), 40-75. doi:10.2979/histmemo.30.1.03
- WINTER, Jay (2006). Notes on the Memory Boom. en: Bell D. (eds) *Memory, Trauma and World Politics*. Palgrave Macmillan: London.

